

LOS REPUBLICANOS, EN BUSCA DE UN LIDER

JOAQUIN RABAGO

NADA tan patético como un Presidente acorralado por la prensa y la opinión pública, tratando desesperadamente de provocar crisis absurdas con el fin de demostrar una fuerza que en realidad no tiene. Tal es la impresión que a uno le produce un Jimmy Carter cuando anuncia al país y al mundo que los Estados Unidos intensificarán su presencia militar en el Caribe y otras zonas como respuesta al "desafío soviético" en la isla de Cuba.

Carrera contra reloj, la del Presidente norteamericano, para ofrecer al país un gesto de liderazgo de última hora que le devuelva la popularidad perdida. Ciertamente, Carter lo necesita si quiere atajar la ascensión, en su propio campo, de Ted Kennedy, político, de todas formas, más vulnerable de lo que parece, y ello, pese al mito familiar, ya que el cadáver de Chappaquiddick (véase TRIUNFO 870) puede volver a aflorar en cualquier momento.

Sea cual fuere, entre los dos, el "nominado" finalmente por el partido para las elecciones de 1980, su tarea no va a ser nada fácil, frente a los republicanos, que parecen haber superado por fin el "síndrome Watergate". He aquí un recorrido por el panorama preelectoral dentro del Grand Old Party.

También, al repasar la lista de posibles candidatos republicanos, descubrimos como un ramalazo, aunque sea tangencial y distante, de la saga de los Kennedy. Entre los políticos que más suenan figura en efecto John Connally, un político cuyo nombre saltaría a todos los teletipos a raíz del magnicidio de noviembre de 1963. Connally, que era por aquel entonces demócrata y gobernador del Estado de Texas, y acompañaba en calidad de tal al Presidente Kennedy en su recorrido por las calles de Dallas, resultaría también alcanzado por una de las balas, que le atravesó un pulmón y acabó alojándose en un muslo.

Hoy, Connally, enemigo de los Kennedy, figura en la lista

de probables candidatos republicanos a la Presidencia como segundo, detrás de Ronald Reagan, el ex actor de segunda fila y ex gobernador de California (1967-1975). Reagan, demagogo y populista ("No soy político. Soy un ciudadano corriente, que cree honradamente que muchos de los problemas que nos afligen son obra de los políticos"), impenitente guerrero frío —a los comunistas hay que pararlos "antes de que desembarquen en Long Beach"—, ofrece, sin embargo, la imagen de un perdedor. ¡Claro, que esa misma imagen presentaba Nixon antes de 1968! En 1964, Reagan apoyó sin éxito al candidato ultraderechista Goldwater, y en 1976, precandidato él mismo, no consiguió, sin embargo, arrebatárselo la nominación al insignificante Gerald Ford. Su mayor "handicap" tal vez sea su edad: con sus sesenta y siete años, sería el político más viejo en llegar a la Casa Blanca. Connally no ha cumplido todavía los sesenta y dos, y en materia de conservadurismo es muy poco, o nada, lo que puede enseñarle Reagan, cuya presencia física, por otro lado —y no olvidemos que estamos en plena cultura de la imagen— tampoco tiene que envidiar aquél.

De demócrata a republicano

Curiosa carrera la de "Big John" (Connally). Amigo y colaborador íntimo desde su juventud de Lyndon B. Johnson, con quien compartía entonces el credo demócrata, nombrado por Kennedy secretario de la Marina, gracias a los buenos oficios del entonces vicepresidente, y secretario del Tesoro, algunos años después, ya bajo la Administración Nixon, Connally fue el artífice de las medidas económicas de agosto de 1971, que pusieron fin a la convertibilidad del dólar en oro.

Durante la campaña presidencial de 1972, figurando todavía en la lista demócrata,

se colocó, sin embargo, frente al liberal McGovern, y trató de organizar un movimiento de "demócratas pro Nixon". Al año siguiente, poco antes de que el Senado dedicara la primera de sus históricas sesiones al escándalo Watergate, Connally se pasaría definitivamente al bando republicano. Las razones que dio entonces fueron que los demócratas se habían deslizado excesivamente hacia la izquierda, y que él no estaba de acuerdo con su programa económico, que equivalía a la



Gerald Ford se reserva por si no surge con fuerza ningún candidato. En la foto, el ex Presidente, junto a Henry Kissinger.

institucionalización del despilfarro.

Pero Connally tiene, como Edward Kennedy, su talón de Aquiles. Pues si a éste puede volver a salpicarle cualquier día el escándalo de Chappaquiddick, el ex gobernador de Texas no está totalmente libre de ciertos cargos de soborno que pesaron sobre su persona en los primeros años setenta. Se acusó entonces a Connally de que había abusado de su

influencia sobre Nixon para conseguir que éste apoyara en 1971 un incremento de las subvenciones a la leche. A cambio, habría recibido un cheque por valor de 10.000 dólares además de la promesa de que los industriales lecheros sostendrían a Nixon en su siguiente campaña electoral. Aunque Connally sería absuelto en 1975 por un Jurado de Washington, muchos siguen abrigando dudas sobre su comportamiento de entonces.

A Connally se le reprocha con frecuencia su falta de principios y su trapacería política, pero él se defiende diciendo que lo que otros llaman "falta de principios" es en realidad imaginación y capacidad innovadora, y que, si a lo que se refieren sus acusadores es a su cambio de partido, tampoco su principal rival está libre de pecado. Antes de convertirse en ferviente republicano, Ronald Reagan fue

también —hasta 1962— convencido demócrata.

De la misma forma que Reagan, Connally defiende sin ambages los intereses de las grandes compañías petroleras norteamericanas, se opone al control de los precios de los combustibles —y de los precios y los salarios, en general (1)— y propugna el

(1) Justo lo contrario de lo que defendía abiertamente en 1971, cuando aún era demócrata.

mantenimiento en manos privadas de servicios básicos, como la sanidad.

En cuanto a su posición en política exterior, basta decir que podría muy fácilmente elegir como compañero de equipo, para la vicepresidencia, a un "halcón" tan conocido como el ex comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN y hoy próspero ejecutivo de la empresa de equipos electrónicos Texas Instruments, general Alexander Haig. Este último tiene a su favor su juventud —cincuenta y cuatro años—, su experiencia militar europea y su conocida intransigencia frente a los soviéticos, cualidades que contarán sin duda en 1980.

Baker: un caballero del Sur

Es el tercer hombre que más suena entre los republicanos de ser nombrado candi-



Ronald Reagan,
ex actor e impenitente guerrero frío.

dato a la vicepresidencia en la campaña de 1976, aunque al final Ford se decidió por el archiconservador Bob Dole.

Bajo de estatura, y con modales de caballero sureño, Baker es político por tradición familiar: sus padres ocuparon

donar ese gesto poniéndoles trabas a las Salt II en el Senado: clara maniobra destinada a atraerse nuevamente a los conservadores, sin los cuales estará en peligro su nominación.

Baker es también de los

tres candidatos citados el que desterrar eligiendo precisamente a Carter.

Carisma: palabra clave

Hay, naturalmente, otros nombres de posibles candidatos, pero con tan pocas posibilidades, al menos en principio, como las que puede tener, por ejemplo, el californiano Jerry Brown entre los demócratas. Nombres como el del tejano George Bush, cincuenta y cuatro años, ex director de la CIA, ex embajador ante la ONU y enviado especial a China. O el antes citado Bob Dole, senador por Kansas, que posee un estilo combativo y mordaz, aunque su conservadurismo a lo Goldwater resulta demasiado estridente. Está también el ex Presidente Ford, el hombre de los continuos tropezones, a los que siempre recordaremos en



John Connally,
las salpicaduras de un escándalo lechero.



Howard Baker, Jr.,
entre el Canal y las Salt II.



Alexander Haig,
hoy directivo de "Texas Instruments".

canos. Y es también, con sus cincuenta y tres años, uno de los más jóvenes entre todos los candidatos posibles. Como copresidente de la Comisión del Senado que investigó el Watergate, fue uno de los políticos que más directamente contribuyeron a la caída de Nixon. Senador por el Estado de Tennessee y actualmente líder de la minoría republicana en la Cámara Alta, Howard Baker, Jr., estuvo a

ya escaños en la Cámara de Representantes. Baker tiene como principal "handicap" su falta de popularidad entre los más conservadores y los más liberales, que encuentran su línea política cuando menos ambivalente. Así, por ejemplo, Baker votó en su momento a favor de la devolución del canal de Panamá, con lo que se enajenó a la derecha más nacionalista, pero luego trataría de hacerse per-

menos se ajusta a la figura del líder carismático. Parece más bien un político para el cabildeo. A su favor tiene, sin embargo, su procedencia sureña —los votos de esos Estados serían los más difíciles de conseguir para un Ted Kennedy— y la inexistencia de escándalos en su carrera política, pues con un Connally volvería a la Casa Blanca el estilo Nixon. Ese estilo que los norteamericanos trataron de

las viñetas del humorista Feiffer, sentado a la mesa de su despacho con los esquís puestos. De él se rumorea que podría presentarse en el último momento si no se impone con fuerza ningún otro candidato.

Se trata en todos estos casos de políticos sin personalidad, sin gancho, sin carisma. Y esta última será —no lo olvidemos— una palabra clave en las próximas elecciones. ■